



LAS PARADOJAS RUSAS: MÁS ALLÁ DEL AYER

Valentin Serov / Retrato de Nicholas II (detalle) / 1900 / óleo sobre lienzo / Tomado de: commons.wikimedia.org

Recibido: 30-08-2020
Aceptado: 30-10-2020

Nelly Prigorian¹
Investigadora III CELARG
nelly.prigorian@gmail.com

Resumen: Las páginas que siguen son un intento de exponer las dualidades y las paradojas rusas que, de una u otra forma, se pronuncian en su actuar político y social sostenido en el tiempo. Se analiza la particular relación entre la idea del Padre y la idea de la Patria, devenidas en la figura del Zar, como el principio que moldea el orden y el sentido de lo ruso. Además, se exponen las principales contradicciones, que dinamizan las fuerzas político-sociales, para facilitar una mirada más atenta sobre lo que era Rusia en su pasado, para comprender y reflexionar sobre lo que es en su presente.

Palabras claves: Imperio ruso, Zar, dualidades, literatura, política, paradojas.

1. Doctora en ciencias sociales y humanidades por USB (Venezuela), Magister en filosofía por UNED (España), Licenciada en Estudios Liberales por UNIMET (Venezuela).
<https://orcid.org/0000-0002-9247-7695>

The Russian paradoxes: beyond yesterday

Abstract: The next pages proposes to expose the Russian dualities and paradoxes that, in one way or another, pronounced in their political and social actions over time. It has analyzed the particular relationship between the idea of father and the idea of the Fatherland, which became the figure of the Tsar, as the principle that shapes the order and meaning of the Russian. Also, there are exposed the main contradictions that energize the political-social forces, to make easy a closer look about what Russia was in the past, to understand and reflect about what it is at present.

Key words: Russian empire, Tsar, dualities, literature, politic, paradoxes.

Introducción

Rusia siempre se presentaba ante Occidente como un territorio tan vasto como incomprendible. Desde la poca del Imperio zarista hasta nuestros días los adjetivos como misteriosa, enigmática e inexplicable acompañaban el esfuerzo de comprender a ese país tan poco presto a encajar en las fórmulas racionales de la cultura occidental. El afán occidental de catalogar para después analizar y comprender encuentra su primera dificultad. ¿Cómo asumir a Rusia? ¿Cómo un país europeo que se rige por los principios de la cultura occidental? ¿O es un país asiático, inclinado a cumplir las tendencias del oriente? Esa dualidad, esa posibilidad de respuestas y reacciones inesperadas, fuera de toda racionalidad predominante la hacen un enigma, que atrae y espanta al mismo tiempo.

La propia Rusia, desde comienzos del siglo XIX, hace el esfuerzo por definirse a qué mundo pertenece, qué caminos debe transitar, el europeo o uno propio, distinto a todos los existentes. Así nacen dos poderosos movimientos político-sociales, el occidentalista y el eslavófilo, enfrentados entre sí por la visión sobre el país y el rumbo que la nación debe tomar. La Rusia del siglo XXI sigue con esta dinámica, las dos corrientes siguen en contraposición, sin que ninguna logre sobreponerse sobre la otra de manera absoluta y definitiva. Ese antagonismo interior, entre otras cosas, es el que vuelve a Rusia tan compleja e impredecible para las miradas de afuera.

Las páginas que siguen son un intento de exponer las complejidades y las paradojas rusas en el transcurrir histórico que, de una u otra forma, se pronunciaban y sigue pronunciándose en su actuar político y social. Asumimos este texto como material para reflexión, que parte de la historia de Rusia, del despliegue de sus fuerzas político-sociales y, desde luego, a partir de su cultura, en sentido amplio de la palabra. Sin pretender agotar el tema o hacer un examen minucioso del desarrollo socio-político del país en cuestión, se presentan ejes centrales que, a nuestro juicio, permiten una mirada más atenta sobre lo que era Rusia en su pasado, para comprender y reflexionar sobre lo que es en su presente.

Las paradojas rusas en el tiempo

Existe un dicho popular ruso que puede ilustrar la gran paradoja rusa que, probablemente, todavía hoy día no se ha resuelto del todo: sin el Zar en su cabeza. El dicho se refiere a las personas que carecen de juicio, faltos de razón, de conducta desordenada y

errática, es decir, los que no poseen el principio ordenador que rige sus vidas y su comportamiento. Este dicho podría servir de metáfora de la relación del pueblo ruso en todas las etapas de su historia con el Zar, o la figura que representaría la idea de Zar. Pocos pueblos en la cultura occidental desarrollaron una relación paternal con la representación del poder absoluto y de obediencia casi incondicional frente la figura del padre, como lo hizo el pueblo ruso. “Padre”, “padrecito” o “madrecita”, si se referían a las Zarinas, fueron los términos más habituales para referirse al poder soberano imperial.

Desde luego, la figura de padre de la nación encarnaba no sólo el poder divino, sino el amor categórico a su pueblo y de su pueblo, convirtiéndose en la única instancia en la cual se depositaba toda la confianza y esperanza del pueblo. Es decir, la relación entre la figura de Zar y el pueblo ruso no aceptaba ninguna intermediación posible: “El Zar —se decía—no quería para sus hijos más que el bien; pero los privilegiados, interesados en conservar sus derechos y prerrogativas, se interponían entre él y su pueblo con el fin de impedirle conocer sus miserias, obstaculizando una recíproca comunicación entre ellos” (Volin, 1977, p. 6). Precisamente esta intermediación, en el entendimiento del campesino, es la que hacía su vida inaguantablemente miserable, llena de injusticia y opresión. Todas las revueltas populares en Rusia, grandes o pequeñas, nunca tenían el propósito de atacar contra la figura de Zar, más bien eran formas de hacer saber al soberano acerca del malestar y las penurias que pasaba su pueblo. Tanto es así, que los cabecillas de las dos guerras campesinas más grandes y de mayor riesgo para el orden y la estabilidad del Imperio ruso, Stepan Razin en el siglo XVII y Emilian Pugachev en el siglo XVIII, blindaron su liderazgo, haciéndose pasar por los Zares-sobrevivientes, que demandaban el trono que les había sido arrebatado por, justamente, los intermediarios del poder, esto es, los terratenientes, la oligarquía, los boyardos, etc.

De este modo, el poder supremo y el orden, encarnados en la figura del Zar, representaban la Verdad, la Justicia y el Bien. La mentira, la injusticia, el mal se encontraban al otro lado de esta comarca, entendida como el apego a la muy particular manera de concebir la vida y las relaciones que establecen su cosmovisión, independientemente de la nacionalidad, religión, cultura o, incluso, el idioma. En otras palabras, la otredad en Rusia se signaba por la falta de apego al orden que representaba la figura del Zar² y no por los rasgos distintivos de un pueblo como unidad nacional diferenciada. Y no podría ser de otra forma en un Imperio donde convivían más de 250 pueblos con sus propias culturas, religiones e idiomas. Es decir, lo nacional, lo ruso emanaba desde arriba, desde el poder y su orden. (Vishlenkova, 25 jul. 2013: vídeo)

2. En este sentido es muy ilustrativo lo sucedido durante el primer atentado contra la vida del Zar, Alejandro II, perpetrado por Dmitri Karakozov en el abril del año 1866. El asesinato lo evitó un artesano, quien desvió la mano del pistolero y posteriormente logró someterlo. Al ya sometido Karakozov, el Zar le preguntó si era polaco y le causó mucha sorpresa saber que se trataba de un súbdito ruso. Habría que subrayar que todo atentado contra la vida de la cabeza de la familia real o su asesinato recibía absoluto rechazo de la población. Incluso, el régimen soviético trató de justificar, sin mayor éxito, por décadas el asesinato del último Zar Nicolás II y de su familia en 1918. La casa, en los sótanos de la cual se produjo el fusilamiento, se había convertido en un santuario, hasta que, por esta misma razón, fue demolida en el año de 1977. En el año 2000, toda la familia ejecutada de los Romanov fue canonizada como santos a causa de su martirio.



Iliá Repin / Iván el Terrible y su hijo / 1885 / óleo sobre lienzo / 200 × 254 cm / Tomada de: es.wikipedia.org

Por otro lado, desde tiempos antiguos la idea de la tierra rusa y, más tarde, la de la Patria, se asocian con la figura de la Madre: Madre Tierra, Madre Patria. En la época de Iván, el Terrible, cuando se configura el Estado ruso centralizado, la figura del Zar no sólo se convierte en el ungido por Dios para reinar y mantener unido el territorio, sino que el monarca desposaba a Rusia, la tomaba como novia y la convertía en su esposa. La propia coronación al trono representaba la celebración de los votos matrimoniales entre el Zar y la Madre Rusia. De esta manera, se exteriorizaba el binomio fundacional de lo ruso, el Zar y la Patria como una totalidad, una representación de lo nacional indivisible, sellada por los votos del matrimonio sagrado Padre-Madre, es decir, el poder Imperial zarista se identificaba absolutamente con la noción de Patria y del suelo patrio. De allí que atentar contra la representación máxima del poder Imperial, esto es, la figura del Zar, se igualaba al atentado contra la noción misma de la Patria, como la portadora del poder Padre-Madre del pueblo ruso. Esta visión de la unión inseparable entre la representación del máximo poder político y la noción de la Patria todavía se pronunciaba con fuerza durante el siglo XX.

Habría que recordar que a losif Stalin solían llamarle “el padre de los pueblos” y la identificación de la Patria con la figura de la madre fue usada permanentemente durante la Gran Guerra Patria (1941-1945) a través de la propaganda dirigida a la población rusa con el lema “La Madre-Patria te llama”. Y durante esa guerra, los soldados se levantaban e iban al ataque con el grito de “¡Por la Patria! ¡Por Stalin!”. En el último periodo de su presidencia a Boris Yeltsin también solían llamarle padre. Y si bien a Vladimir Putin, por lo menos aún, no le colocan el calificativo de Padre, sí se desliza la idea que sin él la Rusia contemporánea puede desaparecer.

Sin embargo, el evento sucedido en diciembre de 1825, que entró en la historiografía rusa como la revuelta Decembrista, por primera vez rompe esta tradicional relación entre la noción de Patria y el orden imperial, legitimado por la figura del Zar. Aunque el levantamiento insurreccional del 25 de diciembre no provino de los estratos populares, tampoco se inscribía en las, también tradicionales, conspiraciones palaciegas para sustituir a un monarca por otro por medio del asesinato. La más alta nobleza, proveniente de la propia estructura del poder imperial, se alzó contra el orden, negándose a prestar el juramento de lealtad al recién ascendido al trono Zar Nicolás I. Sus demandas —instauración de la República, Parlamento, Constitución, la abolición del régimen de servidumbre— resultaban por lo menos extrañas, porque provenían de una clase que con sus exigencias atentaba contra sus propios intereses.

Puedo entender el que los burgueses franceses lleven a cabo una revolución para conquistar ciertos derechos, pero me resulta difícil explicarme el que los nobles rusos hagan una revolución para perderlos. (Gobernador de Moscú sobre los sucesos de 1825, citado por Pasamar, 1978, p. 145).



Vladímir Sverchkov
Retrato de Nicolás I
Tomado de:
es.rbth.com

A pesar de que sólo en horas el alzamiento fue sofocado por las fuerzas leales al Zar, las indagaciones posteriores revelaron la existencia de una extensa red de sociedades secretas y un número considerable de simpatizantes del movimiento dentro de la nobleza rusa, entre los cuales se encontraban las mentes más ilustres y brillantes del Imperio como, por ejemplo, el poeta más grande de las letras rusas, Alexander Pushkin. A pesar de su fracaso, la insurrección de los Decembristas tuvo consecuencias y repercusiones político-culturales de gran envergadura. No sólo dejó una profunda huella en la historia del país, sino que condicionó, de manera importante, el posterior desarrollo de los acontecimientos políticos en el país, que finalmente desembocaron en la explosión revolucionaria del año 1917.

La rebelión de la alta nobleza no logró llevar a la reflexión a las altas estructuras del poder imperial ruso acerca de la necesidad de abrir espacios para ciertas reformas que pudiesen dar cabida a algunas de las inquietudes políticas crecientes de las nuevas generaciones. Más bien, el Imperio se inclinó a cerrarse aún más sobre sí mismo, promoviendo una política de absoluta intolerancia a cualquier expresión que atentase contra la integridad de la voluntad del soberano imperial. Como si fuera poco, los acontecimientos y revueltas revolucionarias del momento en la propia Europa, empujaron al régimen no sólo a extremar el control y la censura sobre la sociedad, criminalizando cualquier posibilidad de disidencia o de cuestionamiento del orden establecido (Volin, 1977, p. 8), sino a dedicarse con esmero a construir y afianzar el nuevo y moderno Estado burocrático y policial, que penetró todo el territorio del Imperio a través de la naciente policía secreta, el Tercer departamento.

La idea del panóptico comenzó a cristalizarse dentro del Imperio ruso como una forma del ejercicio del poder y el poder asumió como su primera necesidad la omnipresencia y la omnipotencia del Estado y el orden que emanaba de la figura del Zar como institución. En otras palabras, al binomio Padre-Patria se incorpora la noción de Estado. La nueva estructura del poder imperial preservó para sí la administración de la muerte, esto es, el poder Soberano, en términos de Foucault, pero también se reservó para sí la administración de la vida, esto es, el poder Disciplinario.

A la medida que avanzaba el gobierno del Nicolás I, aun siendo movido por buenas intenciones, tales como racionalizar las formas de gobernanza, la idea de la “ciencia-policía” llevaba al Estado a inmiscuirse en todos los ámbitos de la vida, [incluyendo] la vida privada, controlando [por ejemplo] la escogencia de la nana o nodriza, porque la vida del niño era del interés de Estado, en vista que los niños en un alto porcentaje morían a temprana edad por infecciones. [El asunto] no se quedaba en la familia, en manos privadas, sino que se traspasaba a la instancia de control médico-policial (Vishlenkova, 22 nov. 2013, vídeo).

El castigo aplicado a los Decembristas fue más que ejemplar: la ejecución pública por medio de ahorcamiento para unos³; trabajos forzados de por vida, para otros.

3. Como norma los crímenes por rebelión se castigaban con el fusilamiento, sin embargo, en esta ocasión se aplicó la horca, que implicaba no sólo castigo de muerte, sino la deshonra absoluta, en vista de que esa medida se reservaba a los individuos de clases bajas de la sociedad y por crímenes de violencia atroz.

La persecución de los simpatizantes no se hizo esperar, muchos terminaron desterrados en Siberia o, en el mejor de los casos, en el sur del Imperio, bajo permanente vigilancia de las autoridades; otros, autoexiliados en Europa, práctica que, por razones políticas, se volvió más recurrente durante el siglo XIX, y también durante los siguientes siglos XX y XXI.

Paradójicamente, precisamente desde ese exilio es que comienzan a formularse ideas fundamentales que traspasaron el campo filosófico y estético para alcanzar la acción política más estructurada –pero también más radical— de la oposición al régimen zarista. Y es el propio despotismo imperial el que provoca la radicalización del pensamiento político ruso, con sus prácticas de control y sometimiento de cualquier expresión que cometiese la indiscreción de traspasar los estrechos límites de orden autocrático del nuevo reinado (Vázquez Liñán, 2006, p.190).

Para los años 30-40 del siglo XIX el pensamiento civil ruso, que apenas unas décadas atrás había salido de la tutela religiosa⁴, comenzaba a afianzarse y estructurarse a través de los círculos de lecturas filosóficas y de las reflexiones sobre el humanismo estético, con marcada preferencia por los textos de Schelling, Fichte, y desde luego, Hegel. Por otro lado, el desarrollo de las ciencias naturales influenció la apertura hacia el pensamiento materialista en el país, que facilitó la alineación con las ideas políticas de corte socialista en la segunda mitad del siglo. No en vano el ministro de Educación pública, D. A. Tolstoy, exclamó en 1875 frente a los acontecimientos políticos en el país: "La salvación de la juventud está en el estudio de las lenguas antiguas y en la eliminación de las ciencias naturales y las disciplinas innecesarias, en vista que son propicias para el materialismo y el nihilismo" (citado en "Documentos y memorias de Narodnaya Volia [Voluntad popular], 1930, sp).

Sin embargo, las persecuciones, encarcelamientos y los destierros en Siberia –como medidas para frenar cualquier disidencia, aun en el pensamiento de quienes trataban de reflexionar sobre la realidad, formulando preguntas incómodas— obligaron a dejar a un lado ciertas ideas hegelianas, sobretudo el aforismo que todo lo racional es real:

— ¿Sabéis a qué os puede llevar vuestra forma de razonar? Se puede llegar a probar que el monstruoso despotismo bajo el cual vivimos es totalmente racional y tiene que existir.

— Esto es innegable, me respondió Bielinsky", concluye Herzen (Pasamar, 1978, p. 149).

La reflexión filosófica rusa dirige su mirada con más atención hacia el materialismo y el socialismo utópico, pero con un trasfondo fuertemente matizado por el misticismo y el ascetismo –el persistente residuo del pensamiento y las prácticas religiosas ortodoxas—, por un lado y por el otro, se desarrolla la idea de socialismo agrario, como fundamento y vía idónea para el avance social y político de Rusia, es decir, tomar como norte la cultura,

4. El pensamiento filosófico ruso estaba confinado dentro de los muros eclesiásticos hasta bien entrado el siglo XVIII. Por ello, la filosofía civil rusa nace apenas a finales del mismo siglo y se afianza a comienzos del siglo XIX desde y a partir de la ensayística y la crítica literaria.

históricamente establecida en las comunidades rurales rusas de prácticas de trabajo colectivo, que se daban entre los campesinos durante las faenas. Las propuestas

[p]ostulaban la posibilidad para Rusia de evitar los horrores de los inicios del capitalismo industrial y encaminarse directamente hacia un socialismo basado en comunidades campesinas autogobernadas. Por su negación del Estado y por las esperanzas depositadas en las comunidades autorreguladas, este pensamiento constituye una de las principales raíces del anarquismo decimonónico (Ulianova, 2003, p.161).

Los máximos exponentes de esta corriente del pensamiento ruso fueron los exiliados políticos en Europa Alexander Herzen. Herzen apostaba por la ilustración de las masas campesinas, para así, desde la conciencia, encaminar una insurrección contra el despotismo y la autocracia. Bakunin por su lado, convencido de la naturaleza rebelde del campesino ruso, se enfocaba en la necesidad de agitación propagandística, estimulando de esta manera el levantamiento espontáneo contra el régimen zarista. Más allá de las diferencias sobre el “cómo”, persistía la idea común de la necesidad de la insurrección desde abajo contra el orden y su máxima representación, la figura del Zar. Pero incluso, el “cómo” tenía un denominador común: la urgencia de ir hacia el pueblo campesino, vivir con él, trabajar con él, padecer lo que él padecía. En otras palabras, el denominador común del “cómo” demandaba invariablemente un movimiento político-social que asumiese esas tareas, sea de ilustración o de agitación, yendo hacia el pueblo.

El esfuerzo divulgativo, ensayístico y propagandístico de esta propuesta se cristalizó en las décadas de los 60-70 del siglo XIX, a través del movimiento que entró en la historiografía universal bajo el nombre del movimiento Noródniky, los Populistas rusos. En términos generales, la idea de socialismo agrario sirvió de fundamento para la articulación de distintas corrientes de acción política desde abajo que, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, con fuerza se pronunciaron en los escenarios nacionales y, ya para finales del siglo y los comienzos del nuevo siglo XX, sirvió de punto de partida —como variaciones de ruta o como su contraposición— para la aparición de partidos políticos modernos, claramente diferenciados ideológicamente.

Sin embargo, el alcance y el impacto en el tiempo dentro del territorio ruso, de las propuestas políticas lanzadas desde el exilio europeo fueron posibilitados por dos hechos fundamentales. Se trata, en primer lugar, de la revista *Kolokol* (La campana), una publicación periódica en ruso editada por Alexander Herzen y Nikolay Ogarev en el exilio. Dirigida al lector ruso, se daba la tarea de orientar la opinión pública, creando consciencia entre las clases altas y medias de la sociedad sobre el deber para con el pueblo campesino y la necesidad de respeto a la dignidad humana y la libertad personal de cada individuo.

Por ser editada en Europa y llevada al territorio ruso de contrabando, la revista esquivaba la censura de doble vuelta, impuesta por la autocracia, esto es, la aplicación de censura sobre los propios censores, lo que recrudecía al extremo la labor de estos últimos. De este modo, *Kolokol* se convertía probablemente en el único medio de comunicación capaz de llevar la información importante a la opinión pública dentro del territorio nacional, información recibida, también de forma clandestina, de las diversas fuentes provenientes,

en ocasiones, directamente de los despachos institucionales del Imperio ruso. Se publicaba sin censura en las páginas del periódico y se llevaba de vuelta a su lector en Rusia. En sus mejores momentos, la revista llegaba a un tiraje de más de tres mil ejemplares, con algunos números que demandaban su reimpresión.

La modesta sinceridad del príncipe Dondukov-Korsakov, presidente del comité de censura de San Petersburgo, revela el panorama respecto a los intentos de informar sobre la realidad rusa de manera crítica y los riesgos que podría implicar la labor periodística, incluso literaria:

Vivimos, gracias a Dios, en Rusia, donde los periodistas aún no controlan la opinión general, y donde cualquier intento por su parte orientado al reforzamiento de su influencia debe ser, pienso, no sólo detenido, sino castigado con la reducción de la confianza del público en sus relatos (citado en Zhirkov, 2001, p. 72).

La “reducción de confianza” podría tomar formas bastante inesperadas, desde las descalificaciones públicas hasta el destierro y los trabajos forzados en Siberia. Los casos de Nicolay Chernishevsky y de Fiodor Dostoievsky⁵ son más que elocuentes.

Así que nuestro trabajo no fue en vano. Nuestra palabra, la palabra rusa libre, suena en Rusia: despierta a unos, atemoriza a otros, y amenaza a algunos con ponerlos en evidencia. Nuestra palabra rusa libre suena en el Palacio de Invierno, como un recordatorio de que el vapor oprimido hace explotar la máquina, si no se sabe dirigir. Suena entre la generación joven, a la que ofrecemos nuestro trabajo. Que esta generación, más dichosa que la nuestra, vea en la práctica aquello sobre lo que nosotros sólo pudimos hablar. Sin envidia, vemos a este joven ejército que nos viene a relevar, y lo saludamos amistosamente. A él corresponde la feliz fiesta de la liberación, a nosotros las campanas que llaman a los vivos al entierro de todo lo que hay de decrepito, anticuado, horrendo, esclavista e ignorante en Rusia. (Herzen, citado en Vázquez Liñán, 2006, p. 200).

El llamado que hizo Herzen a la generación joven rusa en el primer número de la revista *Kolokol*, no cayó al vacío. Con pasión y devoción, la juventud de las décadas de los 60 y 70 de los ochocientos asumieron la responsabilidad de enfrentar con coraje todo lo “decrepito, anticuado, horrendo, esclavista e ignorante en Rusia”. Aquella pasión y aquel coraje de la nueva generación por el pueblo marginado, sometido y maltratado de su Patria venían nutriéndose desde hacía tiempo a través de la literatura rusa. La literatura rusa sería el segundo hecho fundamental que condicionó, esencialmente, tanto las características como la manera del despliegue y la magnitud del impacto de las ideas políticas rusas en la generación de relevo.

5. Nikolái Gavrílovich Chernishevsky (1828-1889) fue el editor jefe de la revista *Sovreménnik* (“El Contemporáneo”), en la que publicó sus principales críticas literarias y sus ensayos sobre filosofía. En 1862 fue arrestado y confinado en la fortaleza de San Pedro y San Pablo. Después de haber sido objeto de degradación cívica, fue deportado a Siberia donde pasó más de 20 años. Fiodor Mijailovich Dostoievsky (1821-1881) por dar lectura en un círculo de discusión literaria del ensayo de crítica literaria de Bielinsky en 1848 fue condenado a muerte, medida que fue sustituida por 4 años de trabajos forzados y 10 años de destierro en Siberia.

El espacio literario dejó entonces de ser un lugar donde se podían plantear dudas, críticas y reflexiones sobre el pasado inmediato o sobre las inquietudes por lo que podría venir. En el rígido marco del materialismo dialéctico y la fórmula estético-ideológica del *sotsrealismo* no cabían ni dudas, ni reflexiones, ni interpretaciones más allá de lo oficialmente permitido. El poder ya había colocado todos los puntos sobre la *ies*, había resuelto todas las dudas sobre lo bueno y lo malo, lo bello y lo feo, la verdad y la falsedad, y había señalado con pasmosa claridad el norte hacia donde tenía que ser encaminado todo texto publicado, ya fuese que se tratase de un texto técnico o de uno artístico.

La literatura soviética, con honrosas excepciones, se había convertido en el “himno” triunfal a la abstracción de la realidad y a la realización de la idea del hombre *extraordinario*, encarnado en el *homosoviéticus*. Toda desviación se castigaba con repudio, cárcel, cercos de hambre, exilio forzado o con la suspensión de la ciudadanía. Nombres como los del poeta Iosif Brodsky, el narrador Alexander Solzhenitsin y el filósofo Alexander Zinoviev son tan sólo algunos de los ejemplos más sonados del periodo posterior a la Guerra Patria. Y, sin embargo,

[t]anto en el siglo XIX como en el XX, [la literatura] ha sido el único ámbito posible de circulación y discusión de las ideas. A lo largo de los últimos doscientos años de historia rusa, cualquiera sea la fecha que tomemos, exceptuando los breves años que van desde la Revolución a la consolidación del estalinismo, vamos a encontrar una prensa que responde a las directivas del poder central, un parlamento o bien inexistente o bien obsecuente, una universidad o bien intervenida o bien cooptada, un movimiento obrero reprimido o sofocado, un poder de la policía gigantesco y asfixiante, en fin, una sociedad civil (usando la terminología europea) carente de canales de expresión. Sólo la literatura pudo mantenerse, no sin grandes dificultades y hasta con mártires, como espacio de reflexión y autorreflexión. (González, 2005, p.p. IX-X).

Como se puede ver, las grandes paradojas rusas que exhibió el siglo XIX no sólo no fueron resueltas en el siguiente siglo, salvo por un breve lapso post-revolucionario en los años 20, sino que, con poca variación, pero con mucho mayor despliegue y de manera mucho más generalizada y extendida, se asentaron en todos los espacios del quehacer nacional, incluyendo la estética y las formas de expresar la emotividad y la sensibilidad.

Más allá del ayer

El Imperio ruso devino en la supuestamente libre unión de las repúblicas soviéticas, repitiendo no sólo casi al calco las fronteras geográficas de la Rusia zarista, sino también el mapa político. El despotismo político revistió su naturaleza con el nuevo ropaje de supuesta dictadura del proletariado, que en la práctica no traspasó ni el umbral de la puerta del Polit-Buro, donde la voz del Zar fue sustituida por la voz del primer secretario del partido, quien determinaba de manera absoluta el rumbo del país, con virajes tan sustantivos que cada etapa adquiría un nombre propio: el Estalinismo de Stalin, el Deshielo de Jruschov, el *Zastoy*

(estancamiento) de Brezhnev, la *Perestroika* de Gorbachov, etc. Se repitió no sólo la concentración y la manera centralizada del ejercicio de poder, con su residencia capitalina, sino que la autocracia representada en la figura Zar-Patria-Estado encontró una nueva forma de expresión, Gobierno-Partido-Estado.

El régimen de servidumbre, que ataba la población rural a su localidad sin el derecho de movilización o migración a otros lugares, abolido en 1857, volvió en 1932 con el sistema de identificación nacional que restringía de modo importante la movilidad de ciudadanos por el territorio nacional. Pero en el sistema no estaban incluidos los trabajadores del campo, lo que se traducía de facto en la prohibición de movilización, ni hablar de migración de esta población a cualquier otro lugar, confinando de por vida a la persona a su lugar de nacimiento⁶. Las tradicionales comunas agrarias, que dieron pie a la formulación del *socialismo agrario*, tomaron las dimensiones del koljoz y los sovjoz, después del devastador proceso de colectivización y las masivas deserciones del campo que, en parte, sustentaron la exclusión de los campesinos del sistema nacional de identificación.

Lo ruso, como forma de adhesión al orden emanado desde el poder absoluto, devino en lo soviético, el pueblo en el proletariado, la nobleza en *nomenklatura*, las iglesias en palacios del partido, la fe en Dios en la fe en la certeza científica del futuro comunista. Sin embargo, la naturaleza del poder no había cambiado a lo largo de estos dos siglos, por lo tanto, acudía a los mismos mecanismos de dominación y sometimiento, sólo que los revestía de formas diferentes y lo acompañaba con los lemas distintos.

El Estado que en el siglo XIX asumió el papel de “ciencia-policía”, para el siglo XX expandió su rol al campo de “médico-policía”, velando por la sanidad política y mental de la sociedad, recitando y aplicando remedios “sanitarios” para “curarla” y para prevenir “enfermedades”; y de “educador-policía”, para procurar no sólo formar al *hombre nuevo*, sino para crear una nueva especie humana, *homo sovieticus*, una raza superior en todos los sentidos, pero sobre todo en lo moral y de consciencia estandarizada⁷.

La Rusia post-soviética hasta los primeros años del siglo XXI pareciera haber resuelto la paradoja de su pertinencia cultural, inclinándose decididamente hacia la corriente occidentalista de su desenvolvimiento. Pareciera que finalmente se había roto con el binomio del Padre de la nación y la Madre Patria, representado por la figura del Zar, o el Comité Supremo del partido. Pareciera que la idea del Imperio, tanto zarista como soviético, había quedado atrás. La Rusia federativa exhibía un nuevo mapa político, tanto en sus límites geográficos, como en sus libertades públicas. Sin embargo, no se ha roto con la principal paradoja, la imposición de la noción de *lo ruso* o, en su defecto, *lo soviético*, desde arriba, desde el poder concentrado y centralizado, desde la figura del Zar.

6. Sólo en 1973 la población rural de la URSS obtuvo el pasaporte, el documento de identificación nacional que le permitía movilizarse por el país. Sin embargo, la migración a otras localidades o a zonas urbanas seguía siendo prohibida. Según las cifras oficiales para esa fecha había casi 70 millones de personas, esto es 37% de la población del país, confinados a determinadas zonas sin posibilidad legal de abandonarlas, salvo los menores de 16 años que podían trasladarse con objetivos de estudios. Los infractores se castigaban con la pena de prisión. La información más detallada y con indicación de los decretos y resoluciones ver en <https://www.kommersant.ru/doc/1147485> (en ruso).

7. Al respecto se puede consultar la obra del filósofo ruso/soviético A.A. Zinoviev *Homo sovieticus* (2000) o el libro *El fin del Homo Sovieticus* (2015) de la Premio Nobel de literatura Svetlana Alexiévich.

Hoy Rusia exhibe a un nuevo “zar”, quien demanda la reconstrucción del Imperio y el rol que ejercía en el antaño en los escenarios mundiales. Surge un nuevo sentido de lo ruso, que desde el poder se promueve con fuerza, en el cual la corriente Occidentalista es denunciada como cooperante del Occidente en su campaña antirusa. Por primera vez en el vocabulario del poder aparece la palabra rusofobia, a la cual se le otorga todo el sentido de la vieja expresión de “antisoviético”. Y a la medida que se expande el mapa geográfico (Crimea y Osetia del norte de anexión directa y Abjasia y Transdnestr, de forma indirecta), se achica el mapa político. De nuevo aparece un grupo importante de exiliados y presos políticos, de inexplicables asesinatos dentro y fuera del país con tintes políticos: la puesta en marcha de una impresionante maquinaria propagandística a través de los medios convencionales y los no tan convencionales.

Desde 2014, las voces opositoras rusas hablan de la construcción de un Sultanato (Petrov, 2017, sp), que, más allá de la subjetividad e intencionalidad que puede tener, denota una nueva forma de ejercer la política, que sobrepasa la figura del Zar y la idea de Padre de la nación y su pueblo. Se quiebra la relación filial entre el Zar y su pueblo, dejando una nueva y solitaria figura de semi divinidad que se relaciona sólo consigo misma. También, esta advertencia debe hacer recordar que Rusia es un país euroasiático, que tiene su propia dinámica interna, basada en sus contradicciones y la lucha entre las dos visiones sobre el modelo de desarrollo que debería asumir la nación, el europeo-occidental o el suyo autóctono, constituido bajo sus propios principios político-culturales.

La Rusia del siglo XXI, la Rusia de Putin decididamente apuesta por la ruta no-occidental, para no decir antioccidental, insistiendo que el liberalismo y el multiculturalismo se agotó y no es capaz de dar respuestas a las crisis contemporáneas como, por ejemplo, la inmigración (RT, 20 junio, 2019). Habría que esperar a un nuevo gobernante ruso para ver si Rusia seguirá apostando por la figura del Zar, que encarna el orden, define el sentido de lo ruso e indica cuál es el destino que la nación debe asumir.

Bibliografía

- Vázquez Liñán, M. (2006) “Periodismo ruso en el exilio: Alexánder Ivánovich Herzen (1812-1870)” en Revista Científica de Información y Comunicación Número 3. Editorial: Universidad de Sevilla, Sevilla. Disponible en línea, recuperado 04.01.18 desde https://idus.us.es/xmlui/bitstream/handle/11441/12680/file_1.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Volin (1977) La revolución desconocida. Madrid: Campo abierto.
- Zhirkov, G. (2001). Istorija tsenzury v Rossii XIX-XX vv. [Historia de la censura en Rusia, XIX -XX] Moscú: Aspekt Press.
- Vishlenkova, E. (2013) “Rusia siglo XIX – cosmovisión y política” [Россия - XIX век - Мировоззрение и политика] en Chas istiny [Час истины ТВ] Canal Historia [исторический канал] Publicado el 22 nov. 2013 <https://www.youtube.com/watch?v=P1QTfmBoGJ0>

- Vishlenkova, E. (2013) "Ser ruso en Rusia" [Быть русским в России] en Chas istiny [Час истины ТВ] Canal Historia [исторический канал] Publicado 25 jul. 2013 en <https://www.youtube.com/watch?v=WjNGzlgIFpw>
- Ulianova, O. (2003) "Experiencias populistas en Rusia" en Revista de Ciencia Política, vol. XXIII, núm. 1. Santiago de Chile: Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Pasamar Delgado, L. (1978) "Los antecedentes del nihilismo ruso" en Revista de estudios políticos, N°6 Editorial: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, España
- Documentos y memorias de Narodnaya Volia [Voluntad popular] (1930) Capítulo "Yendo hacia el pueblo y regresando". Disponible en línea <http://www.narovol.narod.ru/origin.htm>
- Petrov, N. (junio 17, 2017) Rusia es un Sultanato con la corte real. Portal web Radio Svoboda. Disponible en <https://www.svoboda.org/a/28560633.html>
- RT (junio 20, 2019) Putin afirma que el liberalismo llegó a su fin: "Está en contradicción con los intereses de la mayoría". Portal web RT. Disponible en <https://actualidad.rt.com/actualidad/319406-putin-liberalismo-fin>